

SENTIR Poesías por Luisa Luisi

Los versos de esta poetisa — que hace su debut en las letras nacionales con el libro que nos ocupa — tienen su mérito principal en el delicado y en el humano sentimiento que los inspira. Todo su corazón está en ellos. Hay una nota que bien podría ser el *ritornello* del libro: la franqueza. Luego, la mujer no se aparta de la artista, sobre todo en el primer período de la obra, una con otra se integran dándose la mano, apoyándose mutuamente en todas las horas de la vida en que se canta para arrojar la carga del Desencanto.

Transparentan ellos el espíritu romántico de la mujer, herida con la eterna herida en el corazón; y los ojos del amado y le canta con el amor y el arrobio propios de su juventud inspirada y cancionera.

Trasluce por eso una grande y límpida franqueza que salta como juego de agua por sobre el prejuicio del señor Orgullo — tendiente a ocultar los ayes del alma — en holocausto al deseo purísimo de rendirse espiritual y amorosamente. Todo esto hay en el libro de la señorita Luisi.

PAISAJES DE MI CORAZÓN Poesías por Carlos Prendez Saldías

Humano, sincero y amoroso es este libro de versos que nos llega del otro lado de los Andes. Su autor se preocupa más del fondo que de la forma; tal es la primera idea que nos ha sugerido. Si fuéramos a buscarle ubicación al vate chileno dentro de las tendencias o escuelas en boga, podríamos clasificarlo entre los neo románticos; y más bien doloroso que alegre, desengañado y exóptico. La mujer pasa por muchas de sus páginas como una sombra consoladora.

«Ya que fuiste la novia de mis viejas canciones,
ven a ser compañera de los grandes dolores
que llenan de amargura el trinado de mis versos».

Ejemplos como este podría transcribir varios, muchos. Son versos personales, sin parecidos ni reminiscencias de maestro alguno, lo cual indica una rara cualidad en un poeta joven como Prendez Saldías. A veces, luego de varias estrofas rítmicas y armónicas, el poeta termina la composición con una estrofa desmedida y desarmonica que lastima al oído truncando de este modo el encanto con que nos venía poseyendo, obligando al lector a gustar sólo la idea o pensamiento de la poesía. Cuando podríamos saborearla doblemente: es decir, por el pensamiento que la inspira, y por el ritmo que la haría más agradable al sonar armoniosamente en el timpano que la recibe. Ved:

«Cuántas veces tus ojos en las tardes serenas
sufrieron el espasmo de la renouación;
mientras volaba toda la sangre de mis venas
— para no poserte — sobre mi corazón!

¡Oh la penuria infelicitad!
De los jardines sin amor,
Acudieron a la cita
Su carne y mi dolor».

Aparte de esto que no influye en la bondad general del libro, hay poemitas de belleza innegable que descorren, al pasar ligeramente por las páginas, el velo en que se oculta todo un señor poeta.

De Chile también nos llega este libro. Como Munizaga Ossandón, como Prendez Saldías, de quienes nos hemos ocupado ya, Lagos Lisboa forma parte de ese núcleo de escritores del solar Araucano. Con sorpresa notamos una particularidad entre estos jóvenes poetas: la de no parecerse nada absolutamente entre sí.

Pero consétemonos al libro. La primera parte, «Voces del Terruño», es, como el título lo sugiere, una serie de poemas cortos con mucho sabor regional y hasta familiar. El poeta recuerda las horas de su niñez y adolescencia, presentándonos con pluma descriptiva, cuadros que encierran tanta verdad como belleza.

La composición «Las noches de mi Pueblo» tiene mucho carácter en este sentido.

«Aquellas noches / Unas pensativas, serenas
Alta en los corredores con olor a salsicón;
De frescas alusiones capto blanco salta
A placidez y unciones por el meo de María».

«... rápido y turbulento
pasa por la arboleda, brujío inventivo, el viento».

El sacristán del pueblo canta una copia amarga
que esta noche es exótica porque el viento la alarga».

Este sacristán de pueblo, Pastén, que es un compendio de ideas peregrinas, está pintado con un realismo y acierto admirables. Y termina el poema:

«Brama angustiosamente a lo lejos un tren
y el viento desparada las copias de Pastén».

Como no es un juicio, crítico ni minucioso lo que pretendemos hacer, hablaremos ahora de la parte del libro «Oraciones Sacriliegas» por ser el período más distinto al comentado, y más donde aparece el poeta en toda su fuerza. Una mujer...

Creo — con varias autoridades en la materia — que al juzgar un libro, debemos dejar a un lado nuestros gustos personales, y emitir juicio o comentario (yo hago este último) sin apoyarnos en el modo estético que de mirar las obras de arte tenemos cada uno. Encuadrado en tales principios de criticismo, es que vengo señalando meritorias cualidades a la poetisa autora de «Sentir»; cuyos versos no seducen del todo mis gustos o ideas, sobre cuyo particular tengémoslo formado un criterio, que si bien en algunos casos está de acuerdo con esta o aquella forma o novedad de sus composiciones poéticas, en otros, no sucede lo mismo.

Y en mi accidental calidad de comentarista (no quiero decir crítico) — tarea que me he echado auestas debido a la ausencia de especialistas — he anotado al margen de sus páginas las bellezas que he visto y las emociones que he sentido con mis ojos y corazón de hombre, en esta obra donde se asoma tanto el corazón de la mujer.

Y luego:

«Se recostó mi pena en tu regazo
para que la dormiera tu caricia».

«¡Oh tus manos que aspiraron
Abrigarme el corazón!».

Leed esto otro:

«En las cuartillas, mis versos — líricos sinceridad — y al escribirlos
mi mano — el corazón se despidió — de cosas que se le van».

Y todo eso que tiene un singular encanto es de una sencillez primitiva, admirable.

Este cantor chileno es un poeta conciso, pues no revela su pensamiento con el menor número de palabras; luego, los efectos de belleza lírica que nos presenta, son conseguidos con una digna honestidad de procedimientos.

Algunos de estos versos revelan que la vida del autor está en ellos, por eso son tan humanos y tan ciertos. Ellos reflejan el dolor o la alegría, la esperanza o la desesperanza y nadie debió de sentirlos tanto como su autor, pues ellos, a veces, son gritos del propio corazón. De ahí que el poeta no ha tenido tiempo ni ánimo de vestirse ricamente, de etiqueta; y nos los presenta desnudos, tibios aún, recién gestados, húmedos de sangre y de pasión:

«Soy el extralírico que se abre las heridas
para rimar con sangre las penurias sufridas.
Mujer: lívico en mis venas la enfermedad azul!».

Leed el final de este soneto titulado «La pena que bendigo».

«La blanca enfermedad de tus manos pequeñas — habla callada
mente de las noches que soñabas — el ardor infatigable de los gases arca-
nos — V bendigo la pena de todo lo vivido, — yo que pude en sus senos
entregarme al olvido — y sanar la enfermedad blanca de mis manos».

En resumen, un bello libro, franco, amoroso y desnudo de galas más o menos ricas; vale por la pureza de sus ideas, como vale una estatua bien modelada, con los brazos al aire y en tensión, en la hermosa tensión del esfuerzo y del trabajo.

YO IBA SOLO Poesías por J. Lagos Lisboa

Amor... He aquí los elementos que sustentan esta parte del libro. El período se inicia con un soneto que no podemos pasarlo por alto. Transcribimos los tercetos. Se titula «Albor de alcoba»:

«Fragil pantalla de oropel moderno
vesperiza la luz. Nieve esponjada
finge a las plantas su rúpele interno».

«Y al irte al lecho, espléndida y suada,
queda en pleno crepusculo de invierno
la sensación fugaz de una alborada».

Y el poeta nos sigue presentando una serie de composiciones fuertes, fuertes y hermosas explotando por lo general el mismo tema que con ser tan común, está tratado novedosamente. Leed:

«Tú eres querube y flor. Tú eres misterio
Que se hizo luz en una noche negra».

Estos versos pertenecen a la poesía «A la amada dormida» y en algunos cuartetos notamos cierto parecido con Díaz Mirón, el mexicano famoso recientemente fallecido.

«Yo te he de esclavizar: No me sujeción — llevarte del delirio
hasta el palacio — ser rápido huracán si tú eres hoja, — y acerba
vibración el eres espacio!».

«Despierta y vamos! Del placer la nave — fuerza, sea que ruede a
mi soberbio empuje —! Para encumbrarnos hasta el Amor, hoy ave...
— Tú para iluminarme, eres ensueño!».

«Ceniza y humo» es un soneto que, a pesar de decir cosas tan serias como dice, tiene una gracia y una ligereza exquisitas.

«Humo y cenizas... ¡al viento! — Sopla el fuego, y que arda más!
La vida es para un momento — vivita! — sin disfraces — Ama y
grasa sin tormento! — Despierta... una cruz. Y en paz!».

En otros períodos de la obra podemos anotar también algunas composiciones de la más pura belleza.

No cabe duda, estamos frente a un poeta de verdad.

FERNÁN SILVA VALDES.